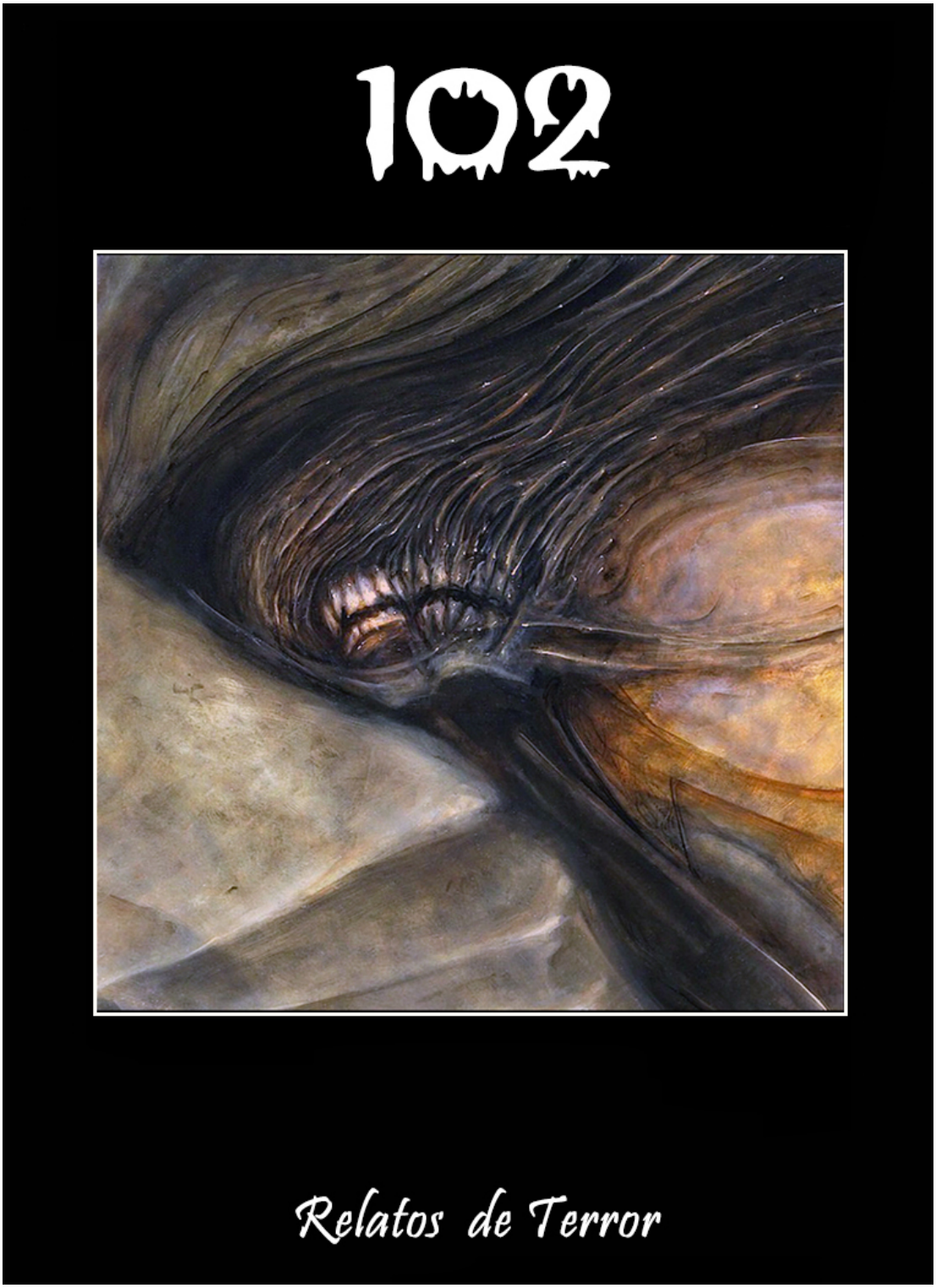
102
Relatos de Terror

Capítulo 1

102

Eran tres números, tres números extraordinarios, tres números sin sentido.

Me perdía en mis especulaciones, hasta el punto de no reparar en el paso de las horas. Los analizaba y meditaba sobre su significado sin encontrar una lógica aparente. La idea no me dejaba conciliar el sueño, y cuando lo hacía, tenía pesadillas relacionadas con el propósito de esa numeración. Quizás era una cifra, puede que algún código secreto, sea lo que fuera, me había absorbido por completo desde que me topé con el hallazgo.

Tenía que escribirlos, escribirlos en alguna parte.

No los podía olvidar, los escribía, una y otra vez en mi diario de forma compulsiva para tratar de adivinar el enigma que escondían. Se habían apoderado de mí como una enfermedad, como un parásito insidioso merodeaban por mi mente y cada vez que escribía esos números, esos números malditos, volvía a sentir lo mismo que la primera vez que los ví.

Fue en la primavera. Me encontraba en la Universidad de Ciencias Sociales, terminando mi doctorado en Antropología de la Prehistoria Indoeuropea. Era mi quinto y último año en la ciudad, y estaba deseando marcharme.

A final de curso, como colofón a nuestro graduado y en pos de abrir el estudio del arte antiguo a todos los públicos, se organizó una subasta benéfica con algunas piezas de arte que nadie quería, no tenían valor, todas ellas habían sido declaradas imitaciones y donadas a la facultad para el estudio académico. Falsas obras de arte, magníficos calcos de cuadros del Renacimiento, esculturas grecolatinas, papiros del antiguo Egipto, figuritas y jarrones mesopotámicos, joyas de la perdida Persia.

Una gran colección que servía para satisfacer a los que entendían poco, o nada de arte. Y fue entre esas piezas de traficantes, de imitadores de arte antiguo, donde encontré mi tormento y mi obsesión.

Una piedra negra como la oscuridad más profunda del cosmos, pensé la primera vez que la ví. Allí estaban inscritos esos signos

numéricos: 102.

Aquellos números me habían enloquecido. Y no exagero. Me rondaban por la mente, día y noche, su trasiego en mi memoria era incesante. Sabía que contenían una clave oculta y puse todo mi empeño, traté por todos los medios disponibles, en averiguar lo que escondían.

Repasé la prehistoria, estudié la vida de los homínidos y lo que les llevó a tener un comportamiento artístico. Comparé el arte antiguo con el nuevo, pero no hallé ninguna similitud. Busqué reliquias que tuvieran algún tipo de semejanza, aunque fuera minúscula, pero no logré mi objetivo, no había ninguna talla parecida en las civilizaciones posteriores, y mucho menos con esa datación de cientos de años antes de que el homo sapiens aprendiera a fabricar artefactos.

Estudié las matemáticas a fondo, álgebra, geometría, todas las disciplinas aplicadas, buscaba cualquier indicio que me acercara a la naturaleza de esas cifras. Sin éxito, intenté averiguar si era una secuencia estudiada como la proporción áurea o el número Pi, del que decían que estaba en todas partes. Me aventuré a pensar que podría ser un código binario, y me adentré en las teorías más controvertidas de la física cuántica, pero mi escasa formación me dificultaba la comprensión y no podía entender aquel lenguaje tan específico. Mi ejercicio intelectual me restaba energías, y sin duda estaba mermando mi salud, pero tal era mi empecinamiento, tal mi curiosidad y mi obsesión, que no podía detenerme y menos aún al sentir que estaba ante algo importante, no solo para mí, sino para toda la humanidad.

Me mudé a la capital, a un barrio de alquileres baratos y lleno de inmigrantes, con sucias callejuelas y gritos a alta noche. Allí terminé tras robar la insulsa piedra de la subasta de mi universidad, allí me alojé para iniciar mi investigación con algunas piezas que se conservaban en el Museo de Colecciones de la Antigüedad, y que intuía que podían tener alguna relación. Y allí me recluí prudentemente en mi apartamento durante todo un mes. O quizás fueron algunas semanas. Pero encontré lo que buscaba, entre toda esa amalgama de teorías y piezas históricas.

Alcancé la singular idea de que las matemáticas eran algo más, era un lenguaje universal. Un intrincado mecanismo muy real. Hice de esa idea mi credo. Y comprendí todo, absolutamente todo.

Tan fascinante era la idea, como que Dios usaba los números para crear toda forma de vida orgánica e inórganica. El crecimiento de la vegetación, el exoesqueleto de los moluscos, el ADN de cualquier ser vivo, obedecía a unos patrones, el número de hojas de una flor, la variedad de frutos de un árbol, incluso la tela de las arañas se tejían conforme a unos

moldes estables y determinados, que podían medirse en ecuaciones.

Tan grave era el caso, que las cuentas estaban en todas partes.

La formación rocosa de nuestro planeta o el devenir del clima, se sometían a una cadena de números perfectamente ensamblados. Entonces me percaté de que medíamos el tiempo en números, asignábamos números a nuestras posesiones, a las personas para determinar su edad, a nuestros hogares para localizarlos con un código postal.

Mirara donde mirara había números.

Y tenía en mi poder una reliquia antiquísima donde lucía una extraña y desgastada numeración. Era negra, no más de diez centímetros de circunferencia, parecida a una piedra volcánica pero estaba pulida a tal punto que podría pasar por un ónice labrado por la mano humana, o tal vez incluso un trozo de carbón fosilizado que había adoptado una forma caprichosa a lo largo del tiempo. No era experto en esta materia así que contacté con un geólogo, tras debatir si era conveniente acudir a un científico y desvelar mi más preciado secreto.

Envié unas imágenes al doctor Frederick, un hombre mayor con una extraordinaria carrera como profesor de investigación en el departamento de Ciencias de la Geología. Elegí cuidadosamente quién conocería la piedra maldita, y él estaba lo suficientemente lejos de mí, tierra y océano nos separaban, así que era improbable que su interés por mi hallazgo fuera peligroso. Analicé su trayectoria y su vida personal.

Nadie había sospechado del robo y Frederick no tenía por qué saberlo; concluí que era el candidato perfecto.

Durante todo mi encierro, había estudiado la pieza al detalle, leído al menos dos docenas de libros. Me preguntaba a menudo, ¿por qué había unos números escritos en una piedra antigua?, ¿era una imitación de obra de arte o realmente databa de la era del hombre de Cromañón y era auténtica?. ¿Qué sortilegio contenía?,¿qué verdad universal encerraba? Era como una fábula.

Pensar que alguien echaría en falta esta piedra era absurdo, pero temía la posibilidad. Mi reputación acabaría hecha trizas antes incluso de comenzar mi carrera como antropólogo, habiendo sustraído algo sin valor. Se preguntarán por qué corrí el riesgo de cometer un acto tan ridículo. Y la verdad es que aún lo pienso y desconozco la respuesta, pero en ese momento la sabía. Creo que me había enajenado.

Yo había soñado con el número, mucho antes de la subasta. Mucho antes de robarla, mucho antes de contactar con Frederick…. Mucho antes

de que el portal se abriera. Cada cierto tiempo volvía a mi mente. Y tan solo pensar en aquel funesto recuerdo provoca que mi piel se erizara y mi corazón se encogiera.

Eran las 4:00 AM, me dirigí al café-bar que estaba abierto las 24 horas. No era ni el mejor sitio, ni el mejor momento para una reunión de tal calibre, pero allí estaba el viejo Frederick sentado con una taza de café.

Me preguntó si había traído la piedra, le dije que no. Le mentí, y conseguí manejar la conversación a mi beneficio. Me dijo que era una piedra desconocida, un mineral extraño, que posiblemente fuera una piedra volcánica, imposible de datar con los métodos del carbono. Los números, escritos a la manera moderna y occidental, le restaban cualquier credibilidad a la artesanía y por eso fue catalogada como una estafa, una mala imitación.

Se encontró incialmente en el tesoro de la Reina Escarlata del Perú, una momia con más de 3.000 mil años de antigüedad. La piedra se guardó, algunos naturalistas y pseudocientíficos la clasificaron como un Oopart; esto es, objetos fuera de contexto y época, que se encuentran en hallazgos arqueológicos como una demostración de algo imposible. Y según las teorías, lo más plausible es que alguien de nuestro mundo contemporáneo la pusiera ahí.

La piedra estaba junto a joyas de oro puro, pero con el paso del tiempo alguien repartó en ella, y de un modo u otro, su misterio murió y la olvidaron; de un modo u otro, había acabado en el almacén de mi universidad para que yo la encontrara. Y no cuestionaba que atraía mi atención con una poderosa fuerza que desconocía, y que desde luego no procedía de mi interior, pues algo misterioso me atrapaba. Una pasión desbordada.

Conseguí que ese hombre colaborara sin sospechar nada, pero algo en sus ojos me hizo titubear. Su insistencia por ver la piedra, tal vez el brillo en su mirada, un brillo que estaba lleno de mezquina ambición.

Frederick se creía más listo que yo.

Caminaba tranquilamente hacia su auto, habiendo dado la conversación por zanjada, satisfecho y con una estúpida sonrisa en sus labios. Él sabía que me había hecho sentir como un auténtico majadero, se regodeaba en hacerme parecer un chalado recién graduado, un joven lleno de fantasías sin experiencia que buscaba tener notoriedad.

Intentaba hacerme creer que el mineral volcánico (como él lo llamaba) no tenía valor, que alguien había inscrito allí esos tres números

sin motivo aparente y de forma aleatoria.

Me hizo creer que el significado de aquello solo estaba en mi mente.

Salimos de la cafetería, metí la mano en el bolsillo de mi gabardina. Ahí estaba… su tacto era frío, pero me reconfortaba. Era mía, y jamás estaría en las manos de Frederick.

Estaba decidido.

Me acerqué a él con naturalidad y con astucia modulé mi voz, de tal forma que mis palabras sonaron amables. No podía aventurar lo que ocurriría en los siguientes minutos. Lo despedí abriendo la puerta de su auto para que entrara y cuando bajó su cabeza, arremetí contra él. Le propicié un severo golpe en la nuca; había visto esos movimientos en las películas, y yo no era alguien fuerte. Siempre había sido de los que se quedaban atrás en cualquier circunstancia. Mi madre decía que yo era un chico pacífico, pero en realidad era un cobarde y por eso siempre había sufrido burlas, golpes y humillaciones; pero aquel impulso fue instintivo. Lo juro.

Una fuerza muy superior a mi logró derribar al viejo, aunque el golpe no lo había matado, no. La estupefacción de mi ataque había tomado su débil corazón por sorpresa.

Gritó en la noche como un cochino a punto de ser degollado, miserablemente llevó las manos a su pecho, y supe que sentía un gran dolor. Su consciencia se desvanecía mientras su cuerpo quedaba inerte, en su rostro arrugado se había congelado un estupor. Metí su cuerpo en la parte trasera del coche, arranqué y me dirigí hacia la carretera estatal.

Llegué a la casa del viejo, por suerte era demasiado tarde para que algún curioso me viera conducir su auto en la noche, como dicen, en la noche todos los gatos son pardos. Y además, había procurado con antelación estudiar cada detalle de su vida, conocía dónde vivía, y con quién la compartía. Aparqué el vehículo sin prisa y sin temor, en el garaje de Frederick, tal y como él lo haría, sabiendo que nadie me podría delatar. Me bajé del coche, limpie mis huellas dactilares del llavero, de la puerta y de todo lo que mis manos habían tocado. Decidí dejar a Frederick en el asiento del conductor para simular un repentino accidente.

Cuando lo descubrieran, iniciarían una investigación pero yo ya estaría muy lejos, y nada me vinculaba con el doctor. Nadie sabía de nuestra reunión, ni de mi robo, y ese viejo amargado, obsesionado con los minerales, no tenía familia y ninguna persona lo echaría en falta, y cuando

lo hicieran, concluirían que le había dado un patético ataque al corazón.

Mi plan era algo más que perfecto, era impecable.

Me sorprendí a mí mismo mientras caminaba en la soledad de la noche, en aquel lujoso barrio residencial. Pensaba lo rápido que había diseñado el plan en mi mente, lo eficaz y meticuloso que había sido al deshacerme de Frederick, y no pude evitar sonreír. Ni en mis sueños habría procurado un plan tan perfecto. Pero mi felicidad se desvaneció, tan pronto como en mí su germen había brotado.

La piedra me habló, lo juro, ella me habló.

No sabía qué mierda estaba pasando. El fósil volcánico, o aquello que fuese, intuía que había cometido un delito, llegué a esa conclusión cuando mi mano se quedó aferrada a la piedra maldita. Estaba en mi bolsillo, su tacto ya no era frío, de hecho era tan caliente que grité. Grité cuando mi mano se quemaba, intenté separarla, sacarla de mi pantalón, intenté tirar la piedra pero no pude, algo lo impedía y entonces ocurrió. Un zumbido en la cabeza no me permitía concentrarme.

Todo ocurrió muy rápido. Recuerdo que en mi espanto, había huido a la carrera como un lunático hacia ninguna parte, antes de que aquella luz me cegara. Llegué a un bosque o, al menos, pude observar por breves segundos lo que parecía ser un paraje boscoso, oscuro y lleno de ramas secas. Un profundo e irracional miedo se apoderó de mí.

Había vivido esto antes.

Y la luz, aquella luz, ¡qué cojones estaba pasando!, no entendía nada. Me estaba poniendo muy nervioso. El portal se había activado. ¡Sí, eso es!. Eso era lo que aquella momia peruana escondía en su tesoro, un instrumento de otro mundo que había pasado desapercibido para todos, pero no para mí y mis peculiares sentidos. No había otra explicación lógica para hallarme en aquel bosque singular, que había surgido de la nada, y cuando al fin obtuve mi espectacular descubrimiento...

-*Uno, cero, dos.*

Una voz repetía el número y yo no podía ver nada. Lo juro. Después de aquella luz solo había oscuridad y esa voz, con un despreciable timbre atormentaba mi mente.

-*¡Parad, parad! Está bien, la he robado.* -dije.

Y traté de atar cabos; esto era una fantasía, no había ningún portal. La luz procedía de sus linternas, habían iniciado una búsqueda para atraparme por la muerte del viejo y yo ni siquiera era consciente de tal

hecho. Se habían dado cuenta de que había robado un ancestral instrumento que superaba la ciencia de nuestro siglo. No me había percatado de mis errores, de mis fatales descuidos. ¡Cómo era posible!.

Intenté usar el mecanismo de la piedra para teleportarme a un lugar seguro pero... *uno, cero, dos, uno, dos,* repetí imitando aquella voz, sin saber cuál era el orden, ni cómo se podía usar su poder.

Entre tanto, debí haber sufrido una conmoción tan grande que cuando abrí los ojos me encontraba bocarriba con la cabeza sangrando, o eso creo. Los números estaban grabados a fuego en mi piel, ahora humeante, lo sentía pero no me dolía. Lo juro, no me dolía. Eso no era lo que me dolía, sino unos terribles espasmos. Me encontraba en una cama, alguien repetía ese número mientras sufría unas descargas que recorrían todo mi cuerpo, estaban quemándome por dentro.

-*Uno, dos…* -decían sin parar esas personas, si es que lo eran, porque estaban cometiendo una inhumana y cruel injusticia conmigo.

Grité. Mi cuerpo se convulsionaba, botaba en la cama por un salto que paralizaba todos los músculos y me congelaba en una posición imposible. Yo no podía soltar la piedra de mi mano, no podía, y era la responsable de aquella electricidad que ahora azotaba cada centímetro de mi piel; podía sentir una tensión terrible en mi cabeza, estaba a punto de explotar con cada descarga. Y aquel dolor era insoportable.

-*¡Callaos todos malditos!, ¡Soltadme!*

Golpeaban mi pecho una y otra vez. *Uno, dos…* ¡Querían matarme, querían la piedra! Todo esto era una parodia para humillarme, o peor aún, una tortura para mortificarme, para apoderarse de mis conocimientos, de la clave que había alcanzado. Y respiré, antes de dejar de hacerlo. No quería escuchar más aquel número, me había llevado a la locura.

-*Frederick ha muerto.*

Confesé sin importarme las consecuencias. Odiaba a esa gente, odiaba la piedra y cuando las descargas pararon, cayó al suelo mi tormento, escuché su detestable y férreo resonar. Y no quise callar para siempre. Ahora escuchaba sus voces en la lejanía.

-*El fósil, la piedra maldita de algún volcán remoto de la era de Cromañón, ¡no lo entienden! Es un portal a otro mundo, y esta numeración es la que deben pronunciar para que la puerta dimensional se abra…* -dije en voz alta, pero creo que no me escucharon. Ni siquiera yo mismo pude.

Me habían freído el cerebro.

-*Y quién es Frederick.* -preguntó una voz al fondo. Estoy seguro de que había más personas, al menos una mujer y un hombre, éste último contestó.

-*Tiene múltiple personalidad, no le hagas caso, dice que es un científico, a veces cree que es un antropólogo. Se inventa personalidades e historias ficticias para justificarse.*

-*Claire* -continuaba el sabiondo- *Trae las correas, antes de que sufra otra crisis y se dañe a sí mismo. Hemos controlado su episodio, ahora solo necesita un buen chute de tranquilizantes.*

Se reían. Escuchaba pasos, su conversación, no podía moverme. Me habían inmovilizado, me habían drogado, estaba alucinando y abrí de nuevo los ojos. ¡No, no, no estaba en esa habitación de nuevo, no era igual que el apartamento de la capital, tampoco esto era la universidad!

-*¿Dónde está la piedra? ¡Maldita sea! Estoy cerca de saber su secreto, guardadla, no dejéis que se la lleven...* -pero no podía hacer esos pensamientos palabras.

No podía hacer nada, no querían oírme. Se burlaban de mí y se marcharon de la sala. Entonces las voces desaparecieron, la puerta se cerró y en el umbral puede ver que estaba inscrito: 102.

Nadie quería entender, ni saber la verdad, nadie quería hablar sobre el poder de la reliquia maldita, del retorcido paradigma que, con recelo, ocultaban los números y que yo, ¡yo!,¡yo había descubierto! Qué importaba la piedra de la Reina Escarlata o el volcán, ahora era insignificante. Me habían catalogado, querían reducir mi identidad a una serie de números, enjaulado como un animal, como un reo sin delito.

No era nada para ellos.

Una profunda ira, nacida de la tristeza más devastadora y absoluta, se apoderó de mí. Grité como un energúmeno poseído, hasta que mi garganta se desgarró al rojo vivo. Hasta que mis pulmones estuvieran a punto de colapsar. Ni siquiera la muerte me importaba ya.

-*¡No estoy loco! ¡Lo juro! No soy un asesino, ni tampoco un ladrón. ¡Escuchadme! Solo soy un ser humano...*

Estaba obsesionado y confuso, lo admito, puede que algo trastornado, pero no hice nada malo. No maté al viejo. No merecía el encierro, no merecía ser esclavo de mi desconcierto. Sea como fuere mi

calvario, lo cierto es que me habían privado de mi libertad.

Lo cierto es que ellos se creían más listos que yo.